En las fronteras de la nostalgia

Agustín Monsreal

♦♦♦

Navegar hacia sus orígenes los ríos de la sangre que nos corre por las venas es una manera —quizá la mejor, la más cierta, la más feliz— de abrir sendas de luz en la comprensión de nuestro destino.
Lisandro Méndez Caballero

En realidad, uno nunca recuerda lo que quiere recordar sino lo que la memoria quiere que recuerde. La memoria desvirtúa, rectifica, revalora, peca de indiscreta o de olvidadiza, nos mima con una ternura de lo más antigua o nos desueña con el escamoteo de lo que ocurrió ayer. Con ella nunca se sabe dónde empieza el pasado, o qué es el pasado, o si el pasado ciertamente existe: si lo que sucedió fue real o sólo lo imaginamos. Uno toca a su puerta y a veces nos recibe de lo más coqueta y sin más no invita a descubrirla en su intimidad; pero otras veces anda con el mal genio trepado en la cabeza y nos da con la puerta en las narices.

Sea como fuere, es a partir de ella, de sus juegos, de sus adivinanzas, de sus malabarismos, que uno crea los ayeres propios, la propia leyenda, la historia que lleva consigo debajo de la piel, luminosa y pura como almita de recién nacida. La memoria de los días y las noches, de las dudas y las perplejidades, del amor y la soledad, de la tierra que nos enraiza y de la mirada que nos acerca al infinito. La memoria de la vida, que prefigura con minuciosidad ejemplar la memoria literaria y pone nombres en esa llama inacabable de recuerdos y deseos que es la nostalgia. A nostalgia de lo que fue, de lo que ha sido, de lo que será.

Por lo general, cuando llega uno a cierta edad, cuando el espejo o los dolores en la espalda nos hacen sentir que el tiempo pudo más, empieza uno a pensar, cada vez con mayor frecuencia, cada vez con más grande nostalgia, que todo tiempo pasado fue mejor. Junto con los achaques y las quejumbres se nos vienen encima las remembranzas, los dejos de tristeza, los suspiros por lo que bien hicimos, los remordimientos por lo que dejamos de hacer. Sin embargo, la nostalgia no es cosa nada más de los años, sus asechanzas y merodeos pueden empezar desde muy temprano, sobre todo cuando somos expulsados prematuramente del paraíso —y la verdad es que de una o de otra forma siempre lo somos, siempre somos Adanes y Evas arrancados a la fuerza de

un lugar, de un regazo, de un sueño. Cada quien tiene el suyo, cada quien sabe cuál es el paraíso que perdió. Y cada quien, a como Dios le da a entender, hace su lucha por recobrarlo.

Yo lo intento, en la vida y en la literatura, por medio de la nostalgia. Busco en lo que fui, o mejor dicho, en los rescoldos de lo que fui, lo que soy; busco en mis propias huellas cuáles fueron mis puertos de partida, ésos a los que inevitablemente regreso, ora por azares de la realidad, ora por obra y gracia de la reminiscencia, de la imaginación, de los sueños. Regresar para redescubrir, para recobrar, para restituir. Para ponerme a salvo del olvido. Y es que, cuando hablamos de nostalgia, hablamos de cicatrices profundas, de inquietudes, desazones, amores inobjetables, alegrías, presencias obsesivas; hablamos —y escribimos— de vueltas y más vueltas de tuerca en la memoria, de recuerdos enracimados como frutos primigenios que por mucho que uno los muerda y saboreé, siempre conservarán intocada esa su dulcedumbre de primera vez.

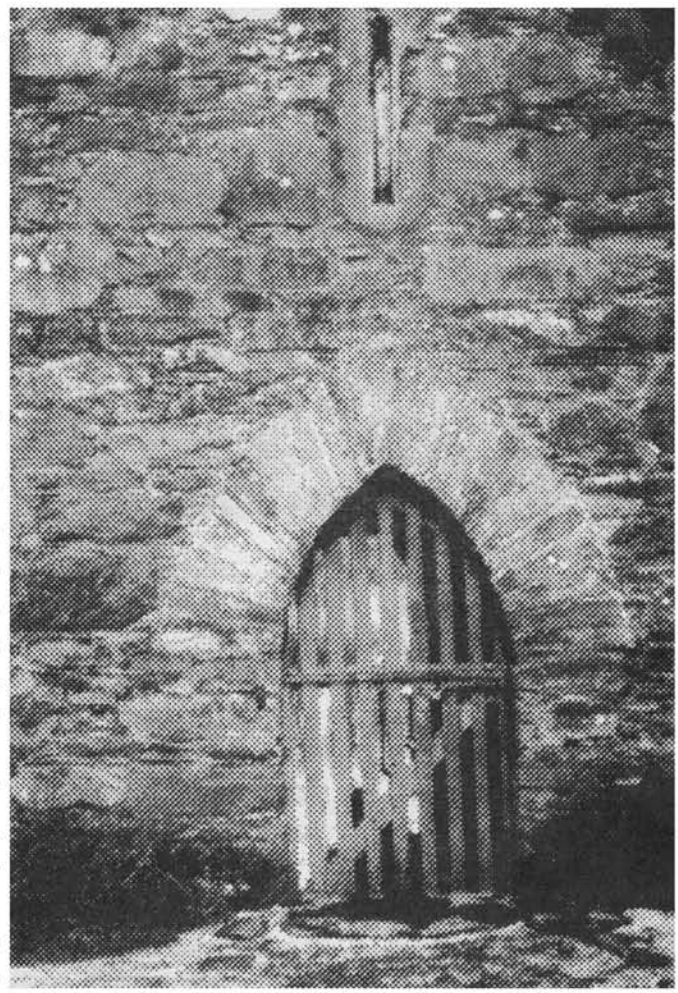


Porque da la casualidad, o el guiño malicioso de la fortuna, o la predestinación, de que los recuerdos se aparecen por donde menos se les espera, o que finge dormir pero no puede hacerse la indiferente ante un olor de panadería, ante la sola evocación de un tulipán, de una veleta, de la prodigiosa algarabía de los pájaros cuando se preparan para ir a dormir. Eso no hay memoria que lo resista. La mía, al menos, no puede contra esas provocaciones, contra esas maniobras de los recuerdos que le abren entera la boca del corazón y ahí está uno —ahí estoy yo— caminándole a flor de piel sus rumbos a la nostalgia. Esa nostalgia que me navega por las venas cuando pienso, cuando recuerdo, cuando imagino, cuando recorro, cuando pongo en palabras todo lo que me es, todo lo que me significa la ciudad de Mérida, mi ciudad irrevocable, sus barrios, sus calles, la casa que me vio nacer, el patio donde está enterrado mi *tuch*.

Y después, claro, la nostalgia va y se mete —despacito a veces; a veces plena de fervor y entusiasmo— en lo que escribo: los cuentos, los poemas, los artículos periodísticos en los que digo mis confidencias de Mérida, mis amores por Mérida, mis modos de verla, de sentirla, de poseerla, de permanecer en sus adentros, aunque adúltero involuntario viva yo en otra ciudad, me acueste en otras ciudades, me rebose de admiración por otras ciudades. Adonde voy ella va conmigo, y hago que se note, en ocasiones mediante el orgullo simple pero insobornable de lucir una guayabera. Porque me gusta presumirla, me gusta sentirme digno de pertenecerle y, tal vez, de merecerla. Tal vez hasta de creer, no sin vanidad, no sin una secreta caricia de amor propio, que ella comparte mi nostalgia. Esto es, que así como yo siento nostalgia por Mérida, Mérida de cierta manera, o a su manera, siente nostalgia por mí en alguna de sus arboledas, en un rinconcito de sus merenderos, en sus neverías, en sus atardeceres en la Plaza Grande, en sus jaranas domingueras, en sus portales, en su trenecito del Centenario, en cualquiera de las casas me detengo a preguntar por mis recuerdos.

Y este sentimiento se agudiza, se me alebresta más de la cuenta cuando paso por la escuela "Eligio Ancona", porque nomás de pasarla y verla, siempre se me echan encima como niños los recuerdos, como niños a la sa-

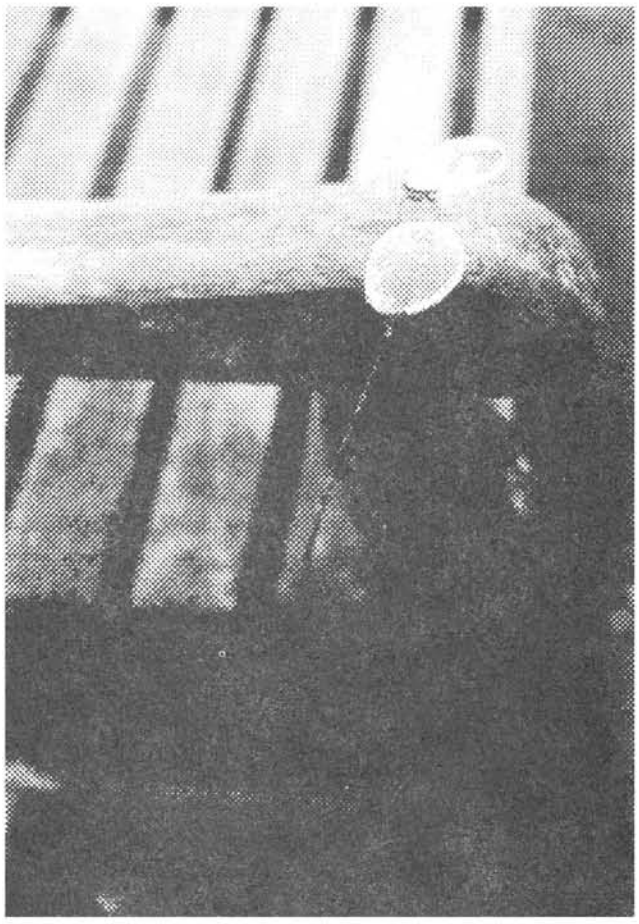
lida de la escuela correteándose y dándose de mochilazos, como niños que infaltablemente vuelven tarde a casa porque nunca falta una aventura que platicar, o porque los ojos le siguen sus andares tiernos a las condiscípulas hasta dos cuadras más allá, o porque se quedan miroseando y embobándose con cuanta novedad o curiosidad les pasa enfrente, como niños sin tiempo que juguetean bajo la lluvia y se quitan los zapatos para ponerse a chapotear en las aguas mansitas de los charcos, o se aplican a buscar sapos o ajolotes, o a impulsar con resoplidos barquitos de papel, porque los charcos sirven para muchas cosas, hasta para cortarse las plantas de los pies con un vidrio de botella rota, "ya ves, yo te lo advertí, chiquito de porquería". Como niños que luego se bañan y luego se duermen abrazados de sus fantasías, igualitos son los recuerdos. Los de a de veras y los que inventa uno para escribirlos, para contarle a la mujer que quiere, para construir a sí mismo su propia leyenda, su prehistoria propia.



En realidad yo ignoro absolutamente todo respecto de lo que fueron los pasos iniciales de mi niñez. Sé, porque así me lo dijeron, que aún no cumplía yo un año y medio de haber llegado al mundo cuando me llevaron a vivir a la ciudad de México. Sé también que hasta antes de cumplir los siete años no sucedió nada en mi vida, o bien, que mi memoria no guarda ninguna resonancia a la mano. Ese lapso, íntegro, es para mí vaguedad, incertidumbre. Lo único que está claro en esa mancha de tinta que son mis primeros siete años de existencia, es que yo era mudo. Mudo de pe a pa. Nadie supo nunca qué fue lo que ocurrió, por qué no podía yo hablar. Sé, porque alguien hizo el favor de contármelo, que los médicos aseguraron, sin morderse ningún cachito de conciencia, que no había nada que hacer, y que recomendaron resignación. Pero resulta que a los siete años —días más, días menos— se me destrabó la trabazón que tenía en la lengua y me convertí en un verdadero bocafloja. Y junto con el habla me empezó también la memoria, y junto con la memoria me nació el amor, la pasión sin límites por las palabras.

Fue entonces cuando presté atención por primera vez a la palabra Mérida y cuando, en buena medida, se cifró en el tiempo mi destino literario. En compañía de la nana Elisa —que había sido nana de mi abuela Isabel y de mi mamá Gilda— iría a pasar una temporada en Mérida, a vivir unos meses en la casa donde nací. Llegué poco después de cumplir los siete años, ya con el habla y la memoria puestas en su lugar, y de inmediato me empecé a llenar de recuerdos. Por ejemplo: estudié en la "Eligio Ancona", me bañé desnudo en la pileta del patio con mi prima la Cuca, a la que ya de grande, cuando se casó, el marido le salió cornudo; trepé muchas veces a la cima de la veleta para contemplar el horizonte a la hora del crepúsculo, dormí en hamaca, me enamoré primordialmente de mi tía Zazil, besé una vez muy cerquita de los labios a la maestra Chofi, aprendí a fabricar tablillas de chocolate, admiré el carácter alegre y la reciedumbre varonil de mi tío Fausto —cuando yo fuera mayor iba a ser como él—, contemplé la antigüedad casi eterna de las iguanas en la albarrada, escuché decir que don Félix, el vecino de la casa de junto, vivía en pecado con su hermana Evarista, una mujer

que siempre andaba muy talqueada y era idéntica a una perrita que tenía; fui a meterme al mar, fui a Valladolid, la tierra de la nana Elisa, fui a las pirámides, a los cenotes, a las vaquerías; fui a comprar el pan de la merienda, y en una de las muchas veces que me mandaron a comprarlo, conocí a don Virgilio Marón, el tío Virgilio, como le decían —como le decíamos, corrige mi memoria—, un hombre sereno que al atardecer acostumbraba juntar un puñadito de infancia a su alrededor para narrarnos leyendas, cuentos que se me quedaban rondando en el sueño y que años más tarde, cuando aprendí a leer por mi cuenta, advertí que eran las versiones que él hacía de las enormes tragedias griegas. De esa manera llegué a conocer, sin saberlo, la guerra de Troya, los trabajos de Hércules, las desolaciones de Tebas; así tuve mi primer trato con Edipo, con Ulises, con Clitemnestra, con Medea.



Apenas quince días después de cumplir los ocho años me regresaron a la ciudad de México y ahí, como suele ocurrir con los niños a esa edad, seguí creciendo. Iba a la escuela, montaba en bicicleta en la calle, acompañaba a mi mamá en su trabajo, oía en la radio los episodios escalofriantes del Monje Loco, las vaciladas del Panzón Panseco, las aventuras de Carlos Lacroix, me peleaba con mi hermano Enrique por los patines o por las estampitas de las estrellas de cine que salían en traje de baño. Los viernes iba a ver las luchas por televisión a casa de mi tía Conchita y con todo y eso, nada, nada me sacaba de la cabeza la añoranza, las ganas de regresar, el deseo de estar otra vez en mi ciudad, en mi barrio de Santiago, en mi casa de la calle 78, en ese mundo que era ya el verdadero mundo de mi infancia.

Regresé, por fin, cuando tenía catorce años, la ilusión a cuestas, los recuerdos intactos. Sólo que la realidad interna de la memoria es muy otra de la realidad concreta. La casa era más chica, la estatura de mis tías era menor, mis primas ya usaban *brasier* y tenían novio, mis amigos ya no estaban o no les interesaban las mismas cosas, mi tío Fausto había perdido el contento y sufría terriblemente a causa de una mujer, las veletas empezaban a escasear, al tío Virgilio ya nadie le hacía caso y a mí, aunque todavía me decían Chel, no dejaban de verme como a un extraño. O al menos así me parecía.

Y es que yo —que había cambiado mucho— me negaba a aceptar, o no alcanzaba a comprender que los demás también habían cambiado, que al igual que las personas, los objetos, el color de un vestido, el brillo de una mirada ya no eran, jamás volverían a ser lo que mi memoria deseaba que fuesen. Y que a la vez, justamente gracias a mi memoria, podían permanecer tales como yo quería, o transformarse —esto último tardé mucho, muchísimo tiempo para llegar a entenderlo—, en memoria literaria, en memoria con imaginación, en memoria creativa.

Sin embargo, dado que en ese amargo momento de titubeos, errores, indeterminaciones, en esa etapa de vivir aferrado al tiempo detenido en mi niñez, no sabía nada de los procesos infinitos que hacen posible la literatura, me refugié en el cuarto del fondo de mi nostalgia y desarrollé la costumbre, que no duraría para siempre, de caminarle sus calles y exprimirle los secretos a la ciudad, de conocerla en sus penas y en sus exaltaciones, de

merodearle en sus rincones más íntimos, de apropiármela entera y de forma distinta cada vez. Así, la ciudad convertida en mi amante, en mi cómplice, pasó a ser ese amor central que está más allá de la distancia, de las adversidades, de la soledad, de las derrotas. Supe entonces —o intuí— que ese amor perduraría en las raíces de mi corazón hasta el término de mis días y que quizá, si es cierto que los recuerdos pertenecen a la eternidad, me sobreviviría.

Después, tardé dieciocho difíciles años en volver, y después, a lo largo de cuarenta años, he vuelto muchas veces, siempre por periodos muy breves, siempre con la precariedad de los minutos contados, pero siempre, también, con la voluntad reiterada de confirmarme en la significación de mis recuerdos y, aunque sé que ilusoriamente, con el anhelo de perfeccionar mi nostalgia. Un vacío inllenable me queda, no obstante, y es que, si bien he ido en ocasiones a recuperar aromas, cariñosidades, fulgores, limpios retacitos de mi vida en la casa donde nací —ahora tan modificada, tan rejuvenecida, tan otra—, nunca en estos últimos cuarenta años he vuelto a dormir en casa alguna en Mérida; irremediablemente he pasado mis noches en el abrazo vano de los hoteles. El yo que soy no goza de los privilegios del yo que fui. Y cuando me voy, cuando me miro yéndome, de modo inevitable me pregunto si retornaré algún día, si no habrá sido ésta la última vez. Me invade en esos instantes una tristeza muy profunda y, por si acaso, nos digo adiós. Es decir, les digo adiós a la ciudad y al yo que dejo, tan llenos ambos de voces, de esperanzas, de afinidades exactas, de personajes que como un espejo magnífico se inventan, se reconocen, se multiplican.

Desconozco cuál habrá de ser el fin de la historia. Lo que no ignoro es que, en el vasto laberinto de añoranzas que ha recogido y les ha platicado a ustedes mi memoria —la memoria de mi memoria—, la ciudad de Mérida y yo, juntos, indisolubles, hemos sido el narrador, el protagonista y a la vez el espectador —o el lector— y los demás protagonistas. Hemos sido el soñante y lo soñado. Quien hace la ficción y es parte de la ficción. Por eso, llegado a este punto, no sé si éste que les habla soy yo, verdaderamente, o sólo soy uno entre muchos de los recuerdos de la ciudad, sombra solícita o evocación engañosa de algo que le sucedió, gota de mar en una de sus tantas inagotables remembranzas. Quizá —y esto es lo más seguro— todo lo que he dicho no es sino un juego vehemente de mi imaginación, un acto impetuoso de mi memoria que no encuentra cómo declarar su amor y se pone a escribir. ♦

